

Cadenas

del exilio interior al silencio del exilio.

Alberto Hernandez

Espacio sin paisaje

Quitarse el ropaje para mostrar la hondura de la desolación, esa mirada perdida que intenta retomar la voz anclada en un puerto de ecos y sensaciones aún no descifrados, ha sido el espíritu del poeta venezolano Rafael Cadenas.

Desde su primera estación, **Cantos Iniciales**, pasaron por el yo más acendrado de la poesía nacional, **Los cuadernos del destierro**, hasta arribar a sus **Gestiones**, merecedor del premio internacional de Poesía Pérez Bonalde en 1992, Cadenas ha construido una poética que tiene su motivo más arraigado en la actitud del hombre de hoy, el de esta modernidad y posmodernidad egotista y a la vez descentrada.

Al salirse de su yo, al entregarlo desnudo, Cadenas encontró el vacío. Logró penetrar con la palabra el otro yo, el del lector, pero sobre todo el de sus fabulaciones. Cadenas anuló el paisaje, creó con abigarrado despojamiento verbal, con esa fórmula de adjetivar, sin alusiones precisas, en el campo del hombre que se mira al espejo y se reafirma: "Yo no traía ningún mensaje", "Yo era el guardián de mi propia desgracia", "Ya soy uno", como si con estas declaraciones estuviera, patéticamente, despojándose del más preciso eco, la voz del yo. Al ser otro se entregaba, abandonaba cuerpo/ alma para borrar espacios y entrar con el silencio de la reflexión: *"He entrado a región*

delgada... Yo apenas sospechaba que había tierra, luz, agua, aire, que vivía y que estaba obligado a llevar mi cuerpo de un lado a otro, alimentándolo, limpiándolo, cuidándolo para que luciera más o menos presentable en el animado concierto de la honrabilidad ciudadana". Transmigración por suscribir, por desatar sin remedio el deseo de escapar.

El dónde como el pensamiento

La idea es lugar; fabular o mostrar la realidad personal tiene espacio y tiempo. Atmósfera imprecisa porque atiende a una permanente búsqueda en las áreas de lecturas y acercamientos a autores que atisban una poética de la reflexión crítica. El hombre es el centro, pero también el hombre es el problema. El yo negativo rilkeano, el silencio y la mirada extraviada, el adentro y sus sonoridades graves, la voluntad sin ausente. El conocimiento, el desamparo, la resonación resonando en la Selva Negra de Heidegger, perdido de Dios, apresado, entre las muelas del poder. Llegar a ser sin el yo. El ser como lengua, la negación de una terredad feliz. En fin, una religiosidad que más tarde se hace visible en la contemplación de ideas que recorren las páginas más importantes de este poeta contemporáneo.

Suprimir el yo ¿para qué? Para hacerlo sensación, pensamiento, idea. En ese sustrato, Cadenas crea un lugar en el que se recupera el ser a partir del silencio, de querer hacer de la divinidad el universo de una experiencia mística.

La voz del que se habla

Para Eliot hay una voz poética que tiene destino en el propio poeta, o en nadie. El yo de Cadenas, a pesar de salir para empapar el yo del silencio y reafirmar negando el suyo, se convierte en nadie al anular con reiterativa intención, el único lugar donde pudo (verbo hipotético al fin) deshacerse de los fantasmas que él mismo se creó. El síndrome del éxodo, el exilio hacia respiraciones fragmentarias, hacen de este poeta una parábola, como lo señala Ludovico Silva en el ensayo **Rafael Cadenas, parábola del desterrado**. El exiliado adquiere nueva documentación, pero si el exiliado es un poeta, entonces la documentación se convierte en pesadumbre, cuestión que le sucede a todos los seres humanos, pero en el del que se enfrenta a la palabra gestiona una clandestinidad, una sombra que entra como un observador de imágenes. El yo, documentación o pasaporte de la mismidad, reconcentra sus energías hasta

ser la primera voz que señala Eliot. Una voz en el desierto. Cadenas místicamente se ha encerrado. Su palabra, con el pasar de los libros, se despoja cada día más hasta solazarse en el yo desolado, existencialmente destinado a crear una religión, una patria donde la sobrevivencia de esa voz pueda ser afirmación, tiempo y espacio. Desde aquel viaje, tocando islas, hasta el reposo en los textos finales, Cadenas se ha perseguido a él mismo, anulando, orientando todos sus avatares hacia una inmanencia reflexiva que se posesiona, iniciáticamente de la memoria oriental, asiática, taoísta: las dimensiones donde el yo no cabe: tierra, cielo, divinidades y el mismo hombre. Este último como la gran pregunta.

La casa del lenguaje

Ese silencio es la casa. Allí habitan todos los designios, los deshabitados. El silencio es la única voz que puede habitarse. Casa, albergue, habitación de sombras. Casa donde el balbuceo es la señal para iniciar la historia del ritual poético. Un texto silencioso es un acto de entonación que suscita una terrible tensión interior. Morada de todas las revelaciones, el silencio sucumbe con la primera pronunciación. De un lenguaje a otro. Imbricados, matrimoniados, funda la voz que habrá de traducirse en poesía. Recogemos de nuevo a Heidegger.

Lengua y silencio se funden para establecer una presencia absoluta, los significados: Víctor Bravo en su ensayo **El Hombre y el lenguaje**, recogido en el libro **Ensayos desde la pasión**, señala: *"El lenguaje como revelación: estar persuadidos que es llave maestra para abrir los aposentos; avanzar con él como una lámpara disipadora de oscuridades y de terrores"*. Así, la casa, el aposento, la pensión de las palabras o del lenguaje, es el estadio donde la revelación irrumpe como asombro. Un acto beatífico, místico, elevado. Más adelante el mismo Bravo reseña: *"Danza de signos palpitantes y galerías de espejos. ¿No es el espejo, abominable según testimonio Borgiano, que asecha en cada habitación o recodo, un enviado secreto de los señoríos del lenguaje?"*.

En Cadenas, y como él mismo dice: *"Si el poeta carece entonces de yo y si yo, por mi parte soy un poeta ¿qué tiene de asombroso que diga que no he de escribir más? y si en ese preciso instante yo hubiera estado meditando en los caracteres de Saturno y de ops?"*, en el libro **Realidad y literatura** que la universidad Simón Bolívar le editó al poeta barquisimetano.

Dichos en un amante sin gestiones

El amor es un invento. El cuerpo femenino se mueve para favorecer el invento que nace en el siglo XI o XII, con Plantón como cabeza visible en la purificación de los dioses, y en los valores cristianos con la muerte del hijo del Dios occidental que declara que él es amor. El amor nace con la palabra, con la música, con la poesía y con la muerte. Amante y palabra son un desencuentro que se traduce en dichos: *"La otra orilla pertenece a los que aman, y ellos la convierten en esta orilla"*, acercar el misterio, arrastrar alientos a un solo volumen oral. Así, encontrada la orilla, el hombre que piensa, habiendo asumido la poesía como mística y pérdida, dice: *"Las sensaciones nos atraen al cuerpo"*, ¿A cuál cuerpo, al de la voz única, al que habla a él mismo, como decíamos inicialmente, o al cuerpo otro, a ese otro que yo que estaba del otro lado de la orilla? ¿Cuál de esos cuerpos vuelve a resurgir luego de las palabras? ¿Dónde queda el poeta cuando el cuerpo ajeno se convierte en él mismo? ¿Desaparece el yo único, para hacerse otredad corporal, semiótico/ semántico/ orgásmico, o resuelve colmar el silencio con la contemplación de quien tiene en Dios el amor y la muerte?

El hombre de Cadenas, el fondo de su poética, signada también por Woodhouse, Keats, San Juan de la Cruz, Eliot, Lawrence, navega hacia **Gestiones**, un libro que regresa, que atenúa a **Amantes** para como memorial marcar su soledumbre, el abandono: "Los que hacen las reglas/ no quieren que hablemos/ sino/ las palabras/ desean hacernos desaparecer/ de la página; /pero nos peresignamos. /Somos viejos actores".

Cadenas toma el silencio y el sigue su camino. Pero no se resigna. No se deja vencer.